

PRESENTACIÓN

*Construyendo comunidad en el centro-norte de México.
Resonancias territoriales*

Building Community In North-Central Mexico. Territorial Resonances.

Esta colección de artículos aborda los dispositivos, artefactos y recursos empleados por sociedades del centro-norte de México para construir territorios. En medio de contextos urbanos que desarticulan los tejidos sociales y de situaciones que siembran conflictos entre las poblaciones indígenas por el acceso y control de determinados recursos, la construcción del concepto de comunidad se asocia inmanentemente a nociones localizadas de lo territorial, erigiéndose como una estrategia de resiliencia y un elemento de resistencia que permite hacer frente a panoramas adversos. Mediante una serie de estudios de caso registrados en Querétaro y San Luis Potosí, en este volumen se analizará cómo la configuración de territorios comunitarios se encuentra estrechamente vinculada a cuatro factores principales que instauran sentidos de pertenencia, al tiempo que aminoran las tensiones y gestionan la protección de los bienes comunes, a saber: 1) las estructuras de sistemas de cargos, 2) el trabajo colectivo, 3) las mitologías locales reelaboradas, y 4) las acciones rituales que refuerzan las relaciones sociales.

Bajo esta lógica, las dimensiones territoriales de lo comunitario acotan espacios históricos y de pertenencia que no escapan a la confrontación, por cuanto pueden estar atravesados por situaciones que ponen en entredicho el vigor y convencionalidad de la comunidad cultural. Como se verá, la comunidad encuentra sustentos axiológicos en las ideas y formas que se despliegan en torno de lo barrial, de las herencias culturales y de la circularidad de los alimentos festivos y ofrendas, tres puntos clave para comprender la amplitud de los lazos y retículas de lo territorial comunitario.

En la mayoría de los textos presentados la comunidad se ve asida a los barrios como espacios articuladores de la misma y de sus formas de organización. En el caso analizado por Luis Ernesto Ibarra, referente a la fiesta del gallo en el pueblo de La Cañada, Querétaro, los barrios están sujetos a una tradición compartida, en la que las relaciones de parentesco y las comisiones de trabajo resultan imprescindibles para llevarla a cabo.

Algo similar ocurre en el caso de la Asociación del Santo Entierro, en San Juan del Río, donde se recalca la importancia de los barrios estructurados a partir de los sistemas de cargos y la devoción de dicha imagen. Éstos, aunque inmersos en la mancha urbana, son resignificados de manera continua mediante procesiones hechas por los integrantes de la Asociación, con las que se renuevan y remarcan límites y puntos específicos que se connotan como sagrados, tal es el caso de capillas, ermitas y cruces de cantera.

Entre los otomíes del sur de Querétaro, Julio César Borja nos muestra que las relaciones barriales e interbarriales igualmente se tejen a partir del trabajo que se realiza en torno a los cargos, definidos como *una costumbre que permite ser comunidad*. En el caso *teenek* de la Huasteca potosina, los principales barrios de la comunidad trabajan en colectivo para la disposición de un conjunto de ofrendas que tienen como propósito sembrar fuerza en sus centros y confines, y cuyos efectos cuentan con potencialidad para extenderse al resto de la humanidad. Se toma como ejemplo el llamado *costumbre general*, ritual celebrado en algún momento de mayo, con el que se pide la protección de la comunidad y del país entero, para así evitar catástrofes, inundaciones, huracanes, entre otras calamidades.

De esta manera, el trabajo se articula como uno de los ejes a partir de los que podemos comprender la construcción de comunidad y de sus prolongaciones territoriales, entendido éste como un acto colectivo que orienta a relaciones del intercambio. En el caso otomí del sur de Querétaro, el término *trabajo* se ve vinculado con nociones de esfuerzo y compromiso, lo que implica *trabajar bien* para buscar el bien común.

En ciertas situaciones, la comunidad se explica a partir de la herencia de los antepasados. Ese es el caso de la Asociación del Santo Entierro, que se autoorganiza mediante la fe y la devoción que los antepasados inculcaron hacia dicha imagen santa. Pero también es el caso de los otomíes del Semidesierto Queretano, donde la Santa Cruz y los mecos (abuelos chichimecos) se fijan como recursos de arraigo territorial frente a conflictos por la disputa de la tierra ante actores ajenos a las dinámicas comunitarias. Este último caso es producto de un peritaje antropológico realizado por Ricardo López, quien refiere la relevancia que ha tenido el encumbramiento de la Santa Cruz en una loma de San Miguel, Tolimán, con el fin de remarcar territorio y como estrategia de defensa de los bienes comunes, apelando a su vez, a la protección divina de esta entidad. Al ver su territorio en disputa, dicha comunidad se ha esforzado por recuperar la tradición oral sobre los ancestros y reactivar los rituales. Estas acciones son planteadas por el autor como actos políticos ya que conllevan el control y acceso al territorio y sus recursos.

Los casos de estudio nos muestran que los alimentos que se comparten durante rituales y celebraciones son otro punto importante para la comprensión de la comunidad, sus territorios y sus relaciones en colectivo. En el recorrido del gallo resulta imprescindible repartir *voluntades*, es decir, bebidas calientes, tamales y tortas a los asistentes de la fiesta. Durante los convivios y cambios de cargos efectuados entre los otomíes de San Ildefonso y entre los integrantes de la Asociación del Santo Entierro, es fundamental preparar mole, tortillas, arroz, frijoles y aprovisionar cervezas para la convivencia. En el caso *teenek*, los alimentos se constituyen como ofrendas que se comparten entre hombres y un conjunto de existentes productores de fuerza. Éstas, entre otros elementos, se integran por tamales de gran tamaño, tortillas miniatura elaborados con maíz

e hígados de pollo, caldo de pipián igualmente acompañado por hígados y corazones de pollo, y de forma particular, los varios corazones de pollo que son enterrados en el centro del pueblo como máximos propulsores de fuerza vital.

Los casos analizados nos llevan a plantear la comunidad como un modo vigente de organización de la vida en colectivo, tomando como anclaje el territorio y el arraigo a los antepasados a manera de límites entre lo propio y lo ajeno durante eventos disruptivos para los grupos humanos; en ello resultan fundamentales las relaciones que se reactivan constantemente a partir del trabajo en común y la parentela, máximas expresiones la vida en comunidad y referentes imprescindibles para rastrear las escalas en que se desenvuelve lo territorial.

Ricardo López Ugalde¹
Imelda Aguirre Mendoza²
(Coordinadores)

1. Maestro en Estudios Antropológicos, Centro INAH Querétaro, correo electrónico: ricardo_lopezugalde@inah.gob.mx.

2. Doctora en Antropología, Grupo de Investigación Interdisciplinaria sobre la Región Centro Noreste (CNAN-INAH), correo electrónico: pulikbuk@gmail.com